

Antología poética

POESÍA ESPAÑOLA EN DEMOCRACIA

La siguiente antología reúne una serie de poemas que completan el tema sobre la poesía española durante la democracia, de la asignatura Lengua castellana y Literatura, en el nivel de 4º de ESO.

Los poemas seleccionados aparecen encuadrados en distintos apartados y subapartados. Estos apartados son equivalentes a los del temario. Se indica así el período del poema, permitiendo suponer, de entrada, una serie de características comunes de la época expuestas en la teoría.

Como el título de la unidad indica, los poemas más importantes son los de la época democrática (democracia entendida literariamente), por lo que la lectura detenida se debe hacer sobre estos. Igualmente, los poemas bajo el epígrafe “Antecedentes” son importantes para una lectura comparativa, para poder situar rasgos de las generaciones anteriores en los poemas actuales, tanto a favor como en contra.

ANTECEDENTES

Generación del 27

Ciudad sin sueño, Federico García Lorca

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.
Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan
y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Hay un muerto en el cementerio más lejano
que se queja tres años
porque tiene un paisaje seco en la rodilla;
y el niño que enterraron esta mañana lloraba tanto
que hubo necesidad de llamar a los perros para que callase.

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
Nos caemos por las escaleras para comer la tierra húmeda
o subimos al filo de la nieve con el coro de las dalias muertas.
Pero no hay olvido, ni sueño:
carne viva. Los besos atan las bocas
en una maraña de venas recientes
y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso
y al que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.

Un día
los caballos vivirán en las tabernas
y las hormigas furiosas
atacarán los cielos amarillos que se refugian en los ojos de las vacas.
Otro día
veremos la resurrección de las mariposas disecadas
y aún andando por un paisaje de esponjas grises y barcos mudos
veremos brillar nuestro anillo y manar rosas de nuestra lengua.

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
A los que guardan todavía huellas de zarpa y aguacero,
a aquel muchacho que llora porque no sabe la invención del puente
o a aquel muerto que ya no tiene más que la cabeza y un zapato,
hay que llevarlos al muro donde iguanas y sierpes esperan,
donde espera la dentadura del oso,
donde espera la mano momificada del niño
y la piel del camello se eriza con un violento escalofrío azul.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.
Pero si alguien cierra los ojos,
¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!
Haya un panorama de ojos abiertos
y amargas llagas encendidas.
No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.
Ya lo he dicho.
No duerme nadie.
Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo en las sienes,
abrid los escotillones para que vea bajo la luna
las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros.

Poesía social

Cancioncilla oriental, José-Miguel Ullán

En un lejano país del sol poniente,
un animal sincero
envejecía,
(Ay, qué pena y qué dolor...)
Todo el pueblo soñaba con un muerto.
Pero, el pobre, tan sólo
envejecía.
(Ay, qué pena y qué dolor...)
En un lejano país del sol poniente.

Generación del 50

Palabra, José Ángel Valente

Palabra
hecha de nada.

Rama
en el aire vacío.

Ala
sin pájaro.

Vuelo
sin ala.

Órbita
de qué centro desnudo
de toda imagen.

Luz,
donde aún no forma
su innumerable rostro lo visible.

El óxido se posó en mi lengua, Antonio Gamoneda

El óxido se posó en mi lengua como el sabor de una desaparición.

El olvido entró en mi lengua y no tuve otra conducta que el olvido,
y no acepté otro valor que la imposibilidad.

Como un barco calcificado en un país del que se ha retirado el mar,
escuché la rendición de mis huesos depositándose en el descanso;
escuché la huida de los insectos y la retracción de la sombra al ingresar en lo que
quedaba de mí;
escuché hasta que la verdad dejó de existir en el espacio y en mi espíritu,
y no pude resistir la perfección del silencio.

Contra Jaime Gil de Biedma, Jaime Gil de Biedma

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
dejar atrás un sótano más negro
que mi reputación —y ya es decir—,
poner visillos blancos
y tomar criada,
renunciar a la vida de bohemio,
si vienes luego tú, pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,

zángano de colemena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

Te acompañan las barras de los bares
últimos de la noche, los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
y los ascensores de luz amarilla
cuando llegas, borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida,
con ojos todavía violentos
que no quieres cerrar. Y si te increpo,
te ríes, me recuerdas el pasado
y dices que envejezco.

Podría recordarte que ya no tienes gracia.
Que tu estilo casual y que tu desenfado
resultan truculentos
cuando se tienen más de treinta años,
y que tu encantadora
sonrisa de muchacho soñoliento
—seguro de gustar— es un resto penoso,
un intento patético.
Mientras que tú me miras con tus ojos
de verdadero huérfano, y me lloras
y me prometes ya no hacerlo.

Si no fueses tan puta!
Y si yo supiese, hace ya tiempo,
que tú eres fuerte cuando yo soy débil
y que eres débil cuando me enfurezco...
De tus regresos guardo una impresión confusa
de pánico, de pena y descontento,
y la desesperanza
y la impaciencia y el resentimiento
de volver a sufrir, otra vez más,
la humillación imperdonable
de la excesiva intimidad.

A duras penas te llevaré a la cama,
como quien va al infierno
para dormir contigo.
Muriendo a cada paso de impotencia,
tropezando con muebles
a tientas, cruzaremos el piso
torpemente abrazados, vacilando
de alcohol y de sollozos reprimidos.
Oh innoble servidumbre de amar seres humanos,
y la más innoble

que es amarse a sí mismo!

El juego de hacer versos, Jaime Gil de Biedma

El juego de hacer versos
–que no es un juego – es algo
parecido en principio
al placer solitario.

Con la primera muda
en los años nostálgicos
de nuestra adolescencia,
a escribir empezamos.

Y son nuestros poemas
del todo imaginarios
–demasiado inexpertos
ni siquiera plagiamos –

porque la Poesía
es un ángel abstracto
y, como todos ellos,
predispuesto a halagarnos.

El arte es otra cosa
distinta. El resultado
de mucha vocación
y un poco de trabajo.

Aprender a pensar
en renglones contados
–y no en los sentimientos
con que nos exaltábamos –,

tratar con el idioma
como si fuera mágico
es un buen ejercicio,
que llega a emborracharnos.

Luego está el instrumento
en su punto afinado:
la mejor poesía
es el Verbo hecho tango.

Y los poemas son
un modo que adoptamos
para que nos entiendan
y que nos entendamos.

Lo que importa explicar
es la vida, los rasgos
de su filantropía,
las noches de sus sábados.

La manera que tiene
sobre todo en verano
de ser un paraíso.
Aunque, de cuando en cuando,

si alguna de esas nubes
que las carga el diablo
uno piensa en la historia
de estos últimos años,

si piensa en esta vida
que nos hace pedazos
de madera podrida,
perdida en un naufragio,

la conciencia le pesa
–por estar intentando
persuadirse en secreto
de que aún es honrado.

El juego de hacer versos,
que no es un juego, es algo
que acaba pareciéndose
al vicio solitario.

GENERACIÓN DEL 68 (PRIMERA)

Novísimos

Oda a Venecia ante el mar de los teatros, Pere Gimferrer

Las copas falsas, el veneno y la calavera
de los teatros.

García Lorca

Tiene el mar su mecánica como el amor sus símbolos.
Con qué trajín se alza una cortina roja
o en esta embocadura de escenario vacío
suena un rumor de estatuas, hojas de lirio, alfanjes,
palomas que descienden y suavemente pónanse.
Componer con chalinas un ajedrez verdoso.
El moho en mi mejilla recuerda el tiempo ido
y una gota de plomo hierve en mi corazón.
Llevé la mano al pecho, y el reloj corrobora
la razón de las nubes y su velamen yerto.

Asciende una marea, rosas equilibristas
sobre el arco voltaico de la noche en Venecia
aquel año de mi adolescencia perdida,
mármol en la Dogana como observaba Pound
y la masa de un féretro en los densos canales.
Id más allá, muy lejos aún, hondo en la noche,
sobre el tapiz del Dux, sombras entretejidas,
príncipes o nereidas que el tiempo destruyó.
Qué pureza un desnudo o adolescente muerto
en las inmensas salas del recuerdo en penumbra.
¿Estuve aquí? ¿Habré de creer que éste he sido
y éste fue el sufrimiento que punzaba mi piel?
Qué frágil era entonces, y por qué. ¿Es más verdad,
copos que os diferís en el parque nevado,
el que hoy acoge así vuestro amor en el rostro
o aquel que allá en Venecia de belleza murió?
Las piedras vivas hablan de un recuerdo presente.
Como la vena insiste sus conductos de sangre,
va, viene y se remonta nuevamente al planeta
y así la vida expande en batán silencioso,
el pasado se afirma en mi a esta hora incierta.
Tanto he escrito, y entonces tanto escribí. No sé
si valía la pena o la vale. Tú, por quien
es más cierta mi vida, y vosotros, que oís
en mi verso otra esfera, sabréis su signo o arte.
Dilo, pues, o decidlo, y dulcemente acaso
mintáis a mi tristeza. Noche, noche en Venecia
va para cinco años, ¿cómo tan lejos? Soy
el que fui entonces, sé tensarme y ser herido
por la pura belleza como entonces, violín
que parte en dos el aire de una noche de estío
cuando el mundo no puede soportar su ansiedad
de ser bello. Lloraba yo, acodado al balcón
como en un mal poema romántico, y el aire
promovía disturbios de humo azul y alcanfor.
Bogaba en las alcobas, bajo el granito húmedo,
un arcángel o sauce o cisne o corcel de llama
que las potencias últimas enviaban a mi sueño.
Lloré, lloré, lloré.

¿Y cómo pudo ser tan hermoso y tan triste?
Agua y frío rubí, transparencia diabólica
grababan en mi carne un tatuaje de luz.
Helada noche, ardiente noche, noche mía
como si hoy la viviera! Es doloroso y dulce
haber dejado atrás la Venecia en que todos
para nuestro castigo fuimos adolescentes
y perseguirnos hoy por las salas vacías
en ronda de jinetes que disuelve un espejo
negando, con su doble, la realidad de este poema.

El cine de los sábados, Antonio Martínez Sarrión

maravillas del cine galerías
de luz parpadeante entre silbidos
niños con sus mamás que iban abajo
entre panteras un indio se esfuerza
por alcanzar los frutos más dorados
ivonne de carlo baila en scherezade
no sé si danza musulmana o tango
amor de mis quince años marilyn
ríos de la memoria tan amargos
luego la cena desabrida y fría
y los ojos ardiendo como faros.

Piero della Francesca, Guillermo Carnero

Con qué acuidad su gestuario
pone en fuga la luz, la verticalidad,
la insulación de las figuras vuelve dudoso el símbolo,
hace abstracción del aire, censura de la flora,
sucumben los jinetes
al vértigo del tacto con su brillo.
No hay llaga, sangre, hiel: no son premisa.
Dormición de la sarga, crucifixión del lino;
última instancia del dolor celeste
angustia de la esfera, de los troncos de cono.
La geometría de los cuerpos
y la vaga insistencia de su enunciado único:
no hay hiel, la multitud
no es síntoma del mal, no es un signo del daño.

Dumbo, Leopoldo María Panero

El elefante se elevó en el aire
ante el asombro
de todos los presentes

Ocultos

Buenas noches, Juan Luis Panero

Te asomas esta noche a la tristeza,
a su balcón de hierro enmohecido.
Con el fervor atónito de un niño pliegas los visillos,
miras terco hasta el fondo. Tienes frío.
Pasan nombres con asistas dolorosas,
olvidadas figuras que prometiste recordar,

rostros vestidos ya del puro asombro de tus sueños,
titubeantes distancias, fuegos fatuos
de la verdad, despintadas certidumbres.
Tienes frío. Buscas el cálido aliento de otra voz,
el vaho animal que tus huesos entibie,
cuyas palabras, leves pero ciertas, te protejan.
Tienes frío. Te sientas, páginas y letras,
deshiladas, confusas, parpadean en tu memoria.
Levantas un vaso entre los dedos
y el dorado líquido se precipita inútil por tu pecho.
Tienes frío. Te vuelves hacia el cuerpo que duerme en la
penumbra,
escuchas en su monótono respirar plácido.
Por fin, a su ciego cansancio,
a su simple existir amedrentado,
a todo aquello que hace un minuto odiaste,
te aproxima, te acoges. Ahora, sólo por eso vives.
A través de la pared se oyen músicas,
vecinas risas, voces de tembloroso anhelo.
Aún más te acercas, con cuidado en su vencida carne reposas
tu cabeza,
sientes el latir pausado de su sangre, tu mendicante patrimonio.
Tienes frío, apenas si lo notas.
Cierras los ojos, descansas, duermes.

GENERACIÓN DEL 68 (SEGUNDA)

Poesía lingüística

La distancia entre quien habla, Olvido García Valdés

La distancia entre quien habla
y por ejemplo dice *mi pecho* y quien sirve
de soporte a esa habla
y dice por ejemplo *yo* es la que atraviesa
la retórica, toda la lengua. El sonido
que bandadas producen
es *externo*, el encharcamiento
estacional de las tierras
llanas, ese espejo, pecho desnudo,
graznidos para lo vulnerable.

Poesía del silencio

Raíz, Amparo Amorós

RAÍZ. Mineral. Astros.
Negaciones del tiempo

que nos finge el espacio.

Poesía neosurrealista

Así en pretérito pluscuamperfecto y futuro absoluto, Blanca Andreu

Así, en pretérito pluscuamperfecto y futuro absoluto
voy hablando del trozo de universo que yo era,
de subcutáneas estrellas de sangre
cazadas por el ángel de la anemia
en el cielo arterial,
diciendo leucocitos del alba y río de linfa,
o bien de lo que quise:

el ligero Mediterráneo,
la prohibición de envejecer,
la gavilla del sueño barbitúrico,
y sobre todo, sobre todas las cosas,
Mozart anfetamínico preámbulo de pájaros,
Mozart en ala y aeropuerto,
arco de violín príncipe o piloto: Mozart el Músico.

Poesía neo-épica

¿Qué espero aún de la espiral del tiempo..., Julio Llamazares.

¿Qué espero aún de la espiral del tiempo, de esos cuernos epílogos
que suenan en los bosques?

¿Quién atardece junto a mi corazón helado?

Por el paisaje gris de mi memoria, cruzan arrieros sin retorno, pastores y alfareros
olvidados, bardos ahogados en el miedo lacustre de sus propias leyendas.

Solo estoy, en esta noche última, coronado de cierzo y flores muertas.

Solo estoy, en esta noche última, como un toro de nieve que brama a las estrellas.

Poesía de la experiencia

Retrato del artista adolescente, Sánchez Rosillo

Cuánto tiempo ha pasado, cuántas cosas
que has vivido olvidaste. Pero aún puedes,
sí miras hacia atrás, ver a lo lejos
a aquel muchacho apenas parecido
al hombre que ahora eres.

En la tarde

de un antiguo verano está sentado
debajo de la acacia que hace poco
cantaste en otros versos. Deja el libro
que en las manos tenía, y mira el campo
mientras piensa o sueña.

Después abre un cuaderno
y escribe allí un poema que tú ya no recuerdas.

Reproche a Miguel D'Ors, Miguel D'Ors

Tu corazón navega en la «Kon-Tiki»,
se adentra con Amundsen por la grandes
soledades heladas,
sube al Nanga Parbat con Hermann Buhl, se abre
paso hacia el Amazonas, monta potros,
se hunde en ciénagas verdes con fiebres y mosquitos,
atraviesa desiertos, caza el oso.

Y tú aquí, traidor, en un escalafón y un horario.

Agradecidas señas, Jon Juristi

A Luis García Montero

No tengo casa propia
ni coche. Vivo solo
y mi cuenta corriente
está en números rojos.

Habito un ventisquero,
un frío promontorio
batido por las turbias
galernas del otoño.

Pasé la cuarentena,
doblé mi Cabo de Hornos,
perdí todos los mástiles
del alma en los escollos.

He vivido en países
no demasiado exóticos,
pero del triste mundo
sé más que los geógrafos.

Nací bajo Saturno,
nocturno dios del plomo.
El mío ha sido un tiempo
tirando a tormentoso.

Mi juventud distraje
con juegos peligrosos.
Sigo siendo de izquierdas,
aunque se note poco.

No recuerdo las veces
que resbalé hasta el fondo
por el derrumbadero
de los buenos propósitos

ni quiero dar noticia
de lances más gloriosos:
volver atrás la vista
me pone melancólico.

Vaya sólo un consejo
para los paranoicos:
la amnesia, si oportuna,
aleja el mal de ojo.

Tocando a la memoria,
mejor pecar de sobrio:
mi infancia son recuerdos
de algún parque zoológico

y púberes deslices
de vate vanidoso
y megalomanía
en pantalones cortos.

Recelo hoy de los trucos
de los poetas mozos,
y a distinguir me paro
las voces de los bozos.

Amo a mi pueblo vasco,
un pueblo noble y tosco
metido en un atasco
que firmaría el Bosco.

Le dejaré en herencia
mis huesos y mis polvos
y cuatro o cinco libros
de versos rencorosos.

Y si la poesía
me ha dado casi todo
(o sea, el buen puñado
de amigos que atesoro),

reñir y enamorarme
son artes que conozco
mejor que la poesía:
juzgad ahora vosotros.

Madrigal, Luis García Montero

Ojos míos cargados
que me miráis con ira
al terminar la fiesta.

Detenido,
con la impaciencia con que apunta un alma,
me fijáis al instante
de alguna decisión,
a la presencia extraña, descarnada,
de otra necesidad
y de otro cuerpo,
mientras pasáis silbando por las sienas.

Habéis amado mucho, ya lo sé,
pero como quien va dejando cien testigos,
cien sueños de una noche, cien rastros diferentes
de la misma pasión, más dócil con el tiempo,
legendaria.

Noches de rock, sin prisa, a las afueras,
y un patio oscuro donde maduran los deseos,
donde las cazadoras de cuero se confunden
al olor de la vida.
Recuerdos convertidos en fiestas de guardar.

Una historia sin crédito en el día,
y sobre todo un mundo mucho menos
marginal que sus versos,
me convocáis aquí.

El mundo que ponéis en el espejo,
ojos míos, cargados.

FIN DE SIGLO

Realismo sucio

Jódete y baila, Roger Wolfe

Estoy jodido y agobiado y lo jodido
es que si no lo estuviera

echaría de menos estarlo;
echaría de menos el agobio,
como un pájaro que no sabe qué hacer
si de repente lo sueltas de la jaula.
Desde luego no parece haber remedio:
nos toca fustigar o ser fustigados,
o intentar quedarnos al margen
-si nos dejan-,
hurgándonos las narices del alma,
esperando la muerte
y contemplando el espectáculo.
Y así pasa la vida
y nos hacemos más viejos,
pero en modo alguno más sabios,
por mucho que los viejos crean
que han aprendido algo.
No han aprendido un carajo.
No hay nada que aprender.
Todo esto es simplemente
como una broma estúpida y pesada
que nos está gastando algún cretino.
¿He dicho *como*?
Lo es, me cago en Dios.
Es una broma.
Y no hay manera
de agarrar por el pescuezo a ese cretino
y quitarle de una vez por todas
las ganas de bromitas.
Pero ten cuidado
si te cruzas hoy conmigo,
porque hay días
-y creo que este
es uno de ellos-
en que cualquier gilipollas
puede valer
para pagar el pato.

Poesía política

La guerra es algo demasiado importante..., Jorge Riechmann

La guerra es algo demasiado importante para dejarla en manos
de los militares
La ciencia es algo demasiado importante para dejarla en
manos de los científicos
La energía y el crédito son algo demasiado importante para
dejarlos en manos del capital
La democracia es algo demasiado importante para dejarla en
manos de los políticos

La socialidad es algo demasiado importante para dejarla en
manos de los mercados

La educación y la sanidad son algo demasiado importante para
dejarlas en manos de los inversores

(y ya sencillamente analizar
cómo la palabra “rentista” fue desplazada
en pocos decenios por la voz “inversor”
nos daría múltiples claves para comprender
esta múltiple tragedia nuestra de cada día)

Pero ¿quién se hace cargo?

Los inquilinos de la corrala televisiva están demasiado
ocupados debatiendo
con quién se acuesta la vecina del tercero

Los clientes de la prensa digital (¡ahora legible en tableta!)
están absortos explorando las nuevas posibilidades de interacción:

ahora a la chica en *topless* de la página 3
se la puede hacer girar 360°

Pluralidad

Mon tout dans ce monde, Juan Antonio González Iglesias

Palabras de otro idioma, de otro siglo,
de otro amor: aceptarlas
para poder decir cómo te quiero,
lo que eres para mí.
Exactamente eso: mi todo en este mundo.

No duerme el animal que busca, Ada Salas

No duerme el animal que busca
su alimento. Huele
y está tan lejos todavía
el aire de su presa.
Y vagará en la noche.
Con la sola certeza de su hambre.
Ciego

porque una vez ya supo

de ese breve temblor
bajo su zarpa.

MacDonald's, Manuel Vilas

Estoy en el MacDonald's de la Plaza de España de Zaragoza,
haciendo la cola gigantesca,
con los ojos clavados en los carteles de los precios,
el dinero justo en la mano derecha,
billetes arrugados.

Estoy ahora en el piso subterráneo, arriba fue imposible.
Estoy sentado al lado de un niño negro que tiene en su mano
una patata amarilla untada de ketchup muy rojo:
Santísima bandera del otro mundo, el niño negro que
resplandece,
mi hermano ciego.
El niño está solo, no bebe,
no le llega para la CocaCola, sólo patatas.
Sólo patatas, sólo patatas, esa desgracia,
esa soledad idéntica a la mía,
¿no lo entiendes?, sólo le llega para las patatas,
y está sentado, quieto,
en su trono, la negritud y el niño,
en el trono, allá, allá, en ese trono radiante.

MacDonald's siempre está lleno.
Es el mejor restaurante de Zaragoza,
una alegría despedazada nos despedaza el corazón:
Por tres euros te llenan de cajas, de vasos de plástico, de bolsas,
de pajitas, de bandejas.
Es el mejor restaurante del mundo.

Es un restaurante comunista.

Rumanos, negros, chilenos, polacos, cubanos, yo mismo,
aquí estamos, abajo, al lado de un muñeco,
al lado de un cartel que dice "I'm lovin' it".

Tengo una bota encima de un charco
de un helado de nata deshecho. Miro la nata comerse el tacón
de mi bota.

Una nata blanca, despedazada.
Arde el sol sin tiempo, bulle la mano sucia.

A mi lado, una niña de veinte años le dice a un tío de
diecisiete
que no le importaría hacérselo con él. Con él, con él, un eco
negro.

Y ríen y tragan patatas fritas.

Y yo trago patatas fritas.
Y dos maricas están enfrente comiéndose
la misma hamburguesa goteante,
cada boca en un extremo, y se manchan y
se muerden.

Y tragan patatas fritas. Y se besan. Y se tocan.
Y se despedazan.

En Londres, en París, en Buenos Aires,
en Moscú, en Tokio,
en Ciudad del Cabo, en Tucson, en Praga,
en Pekín, en Gijón,
somos millones, la tarde harapienta,
el dolor en el cerebro, la comida,
millones en miles de subterráneos esparcidos
por la gran tierra de los hombres.

Estoy en paz aquí con todo: barata la carne, barata la vida,
baratas las patatas.

Me siento Lenin. Soy Lenin, el marica inusitado,
el gran hereje, el loco supremo,
el hijo de la última mano miserable que tocó
el monstruoso corazón del cielo.
Si Lenin volviera, MacDonald's sería el sitio,
el palacio sin luna,
el gueto de las reuniones clandestinas.

Algo importante está sucediendo
en este subterráneo del MacDonald's
de la Plaza de España de Zaragoza,
pero no sé qué es.
No lo sé.

De un momento a otro, vamos a arañar la felicidad:
el niño negro, los novios, el muñeco, la nata del suelo, mis
botas.

Botas nuevas, de piel brillante, con la punta afilada en señal de
muerte.

En MacDonald's, allí, allí estamos.

Carne abundante por tres euros.

NUEVO SIGLO

Diseminación, Juan Carlos Abril

Los poemas que nunca escribiré
se han convertido en humo

afirmativo y en volutas
que no desaparecen, se disuelven.

Blanco humo de las chimeneas
que contiene poemas de todos los colores.

La felicidad del odio, Alberto Santamaría

Creí ver en tu sombra
un animal dormido: somos hermanos
mutilados
del hambre y la tecnología.
Así la historia: nada nos queda
más allá de este odio cuyo calor
establece las distancias
necesarias
con la muerte.
Es algo similar
al carnosos paladar
del místico
ante la nada: la almendra del vacío.
Odiar, por ejemplo,
el peso de la estatua
sin la cual el espacio
no sería espacio. Odiar
sin temor
el sonido de la hierba
mientras un cuerpo leve
la pisa. La felicidad del odio
es ésta: eliminar del tiempo
la música de lo posible.